



EL BAILE

Á CLEMENTINA

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,  
confundidos galanes y hermosuras,  
y cual suelen las vides en las ramas,  
se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros  
los pies cruzando con lascivo juego,  
y brotan en miradas y en suspiros  
lumbre los ojos, y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento  
se sacuden, columpian y suspenden,  
y revolando á la merced del viento  
leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas  
profanan de las púdicas doncellas,  
que al mecerse las rosas entre espinas,  
rasgan su manto de color en ellas.

¿Mas adónde está el alma que no enferma  
de impuras fiestas el vapor liviano?  
No hay castos pensamientos que no aduerma  
dulce vaivén de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos  
vierten copia gentil por las espaldas,  
y ondean con primor, asidas de ellos,  
fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,  
doquier ostentan con falaz decoro;  
y en rica pompa y apariencia hermosa,  
néctar los labios, y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,  
y los ojos suavísimos destellos;  
leves contornos las ligeras plantas,  
donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,  
ya la alba tez de una amorosa espalda,  
ya el vuelo de una gasa mal sujeta,  
ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles más gentiles  
sosegados se aduermen, y las sombras  
van en revuelta confusión sutiles  
cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los límpidos espejos,  
como los sueños en tropel vistoso,

las imágenes doblan los reflejos,  
arrebolando el aire vagoroso.

Y delirando amores, y dementes,  
entre gasas, y músicas y aromas,  
se rozan, con pensados accidentes,  
confundidos halcones y palomas.

¿Cómo al ver de tantas bellas  
el lindo y airoso talle,  
no hay uno entre todas ellas  
que como el tuyo avasalle?

Porque ondea con pausado  
movimiento  
como el lirio columpiado  
por el viento.  
No hay una vez que se mueva,  
que no afrente  
á ese vapor que se eleva  
de la fuente.

Mas no abandonarás tanto  
tu cuerpo en grata delicia,  
si nos descubriera el manto  
la mano que con encanto  
tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,  
y pierda, al verte, la calma;  
que donde la huella imprimes,  
todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas  
tal presteza,  
y tan dulcemente inclinas  
la cabeza,  
que parece que besando  
vas la sombra  
que leve estás proyectando  
por la alfombra.

Con ojos y pies encantas,  
y causa, por Dios, enojos,  
el que entre delicias tantas,  
tormento nos den tus plantas,  
cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,  
haciendo de él rica falda,  
si ves que el calor no es tanto  
que pueda ofender tu espalda?

Porque viendo los extremos  
que descubres,  
las gracias adivinemos  
que aun encubres.

¡Ay! ¿por qué el manto derramas,  
si tu nieve,  
mucho más que hielos, llamas

vibra aleve?

Coge el manto descuidado,  
cubriendo el rico tesoro;  
que más que placer da enfado  
mirar, Clementina, el oro  
para otro dueño guardado.

¡Oh, con qué aire tan gentil  
vienen y van las hermosas!  
Tal se mira en el pensil,  
cuando se mecen las rosas.  
¡Oh, qué sones tan suaves  
se levantan!

No son más dulces las aves  
cuando cantan.

¡Cuál flota el leve atavío  
de las plumas!

Perdonen del claro río  
las espumas.

Y si los ojos se tienden,  
ven por doquiera que pasan,  
cabellos que el alma prenden,  
serenos ojos que encienden,  
húmedos labios que abrasan.

Las mal prendidas melenas  
cubren las blancas espaldas,  
éstas mostrando azucenas,  
cuando las otras guirnaldas.

Mil confundidos acentos  
amorosos  
llevan y traen los vientos  
sonoros.  
Lucen las mejillas puras  
sin afeite,  
y brota de las cinturas  
¡tal deleite!...

que entre aromados vapores  
se confunden ellas y ellos,  
y todo respira amores,  
ojos, espaldas, cabellos,  
cinturas, labios y flores.

En torno á tu talle erguido  
se agitan mil amadores;  
siempre al árbol más florido  
acuden losruiseñores.

Y sin duda que adivinas  
tu belleza,  
pues tan dulcemente inclinas  
la cabeza,  
que parece que besando  
vas la sombra,  
que leve estás proyectando  
por la alfombra.

Y entre tan rica labor,  
tu planta ligera avanza,  
dando á su esmalte esplendor;  
por eso muere la flor,  
cuando á besarla no alcanza.

Deja que toque süave  
aquesa cintura leve,  
como, cuando vuela, el ave  
los blandos copos de nieve.

Y agítate con pausado  
movimiento,

como el lirio columpiado  
por el viento.  
Que tus cabellos en calma  
me coronen,  
y que el cuello como el alma  
me aprisionen.

Y deja que los fulgores  
beba de tus ojos bellos,  
pues todo respira amores,  
ojos, espalda, cabellos,  
cinturas, labios y flores.

### SU IMAGEN

Errante sol de aromas circundado,  
tu ardiente lumbré tenue debilita;  
que ya mi corazón, de arder cansado,  
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,  
ángel perdido que bajó del cielo,  
visión deslumbradora, que importuna  
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Gírar y más girar!... Lentas sus alas  
lumbrosa tiende en blando movimiento.  
¿Eres el alma que de mí te exhalas?  
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,  
desprendida mitad del alma mía,  
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,  
blanca de noche, y negra por el día,

Se mece ante mis ojos desplegada  
como la espuma cándida de un río,  
tal vez por los suspiros agitada  
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente  
reverbera purísima y serena,  
y en las límpidas aguas del torrente,  
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,  
luciente envidia de la nieve y grana,  
copia feliz de la encendida rosa,  
lisonja del albor de la mañana.

En dondequiera engendra el alma mía  
su imagen pura, rutilante y bella,  
ante el disco del sol al mediodía,  
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbré,  
hidrópica mi vista, fascinada,  
de los astros la inmensa muchedumbre,  
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa  
oscilando el arroyo cristalino,  
y su acento el murmullo de la brisa,  
y también el zumbir del torbellino.

La veo en todas partes seductora,  
llevada de mi ardiente fantasía,  
en cada rayo al despuntar la aurora,  
en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido  
animada ilusión de mi deseo;  
y si cierró los ojos adormido...  
yo no sé dónde está, pero la veo.

## LA PALMA.

CANCIÓN

Esa planta que en tu encanto,  
hace sombra á tu ventana,  
con las aguas de mi llanto  
acreció su pompa vana.

Y por ella  
fe y constancia me juraste,  
niña bella;  
pero cruda me engañaste.

Porque iluso en mis congojas,  
cuando amante lo jurabas,  
miré al tronco, y me enseñabas  
la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores,  
y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves  
de la noche la honda calma,  
¿piensas, dí, que son las aves  
que se anidan en la palma?

No, bien mío;  
que es un triste ¡ay Dios! que llora  
tu desvío

por la noche, hasta la aurora.

Y en su mal, por si importuna,  
como oscura ve tu reja,  
alza el triste, en son de queja,  
sus plegarias á la luna.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,



de amor esas flores,  
y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos  
espíe por la mañana,  
cobijado en los objetos  
que hacen sombra á tu ventana.

Y hubo alguno  
en que en sueños exclamaste:

«¡qué importuno!»  
y á otro lado te tornaste.  
Maldecíame, y yo en tanto,

al susurro de tus quejas,  
estrellaba ¡cielo santo!  
mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen  
tu ausencia dolientes,  
murmuran las fuentes  
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,  
mis cantos de amores,  
de amor esas flores,  
y el viento de amor.

### A UNOS OJOS

Más dulces habéis de ser,  
si me volvéis á mirar,  
porque es malicia, á mi ver,  
siendo fuente de placer,  
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno  
el que en suerte tan crüel  
sea ese mirar sereno  
sólo para mí veneno,  
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostráis,  
porque no queréis que os quiera,  
fieros por demás estáis,  
pues si amándoos, me matáis,  
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,  
venganza podéis tomar,  
pues es fuerza os haga ver  
que no os dejo de querer,  
ó me acabáis de matar.

Si es la venganza medida  
por mi amor, á tal rigor  
el alma siento rendida,  
porque es muy poco una vida  
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad  
guardar ningún otro puede;  
es tanta su intensidad,  
que pienso ¡ay de mí! que excede  
vuestra misma crüeldad.

¡Son, por Dios, crudos azares  
que me den vuestros desdenes  
ciento á ciento los pesares,  
pudiendo darme á millares,  
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento  
y dolor más importuno,  
el ver que mostráis contento  
en ser crudos para uno,  
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás  
que tengáis ojos serenos,  
á los que, de amor ajenos,  
os aman menos, en más,  
y á mí que amo más, en menos.

Y es, á la par que mortal,  
vuestro lánguido desdén  
¡tan dulce... tan celestial!...  
que siempre reviste el mal  
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida  
para alivio de mi suerte  
fuese mi bella homicida!  
¡Quién no cambiara su vida  
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,  
me es más que todo crüel,  
el que ese mirar sereno  
sea para mí veneno,  
siendo para todos miel.



LA FLOR DE LA JARDINERA

Como la luz hechicera,  
galana como el abril,  
adoro á una jardinera  
que, hermosa, en cuidar se esmera  
el más hermoso pensil.

De su seno la blancura,  
envidia de los amores,  
con gasas velar no cura,  
pues sólo cubre con flores  
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas  
ondean guirnaldas bellas,  
blancas, verdes, coloradas,  
más que porque van atadas,  
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,  
que no consigue su brío  
la verde grama inclinar,  
pues sólo aspira á tocar  
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta;  
y cuando tierna suspira,  
al aura de envidia espanta,  
al claro sol cuando mira,  
y al ruseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa  
en las bullidoras fuentes,  
corren hasta el valle aprisa,  
para que á ensayar su risa  
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas  
el vario curso reparan  
de sus cristalinas huellas,  
más por mirarla se paran,  
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,  
cuando se mueven, no ultrajen,  
mira del sol al reflejo,  
pues sólo de tal imagen  
puede la luz ser espejo.

En el jardín que cultiva  
hay rosa de tal afeite,  
que el gusto más tibio aviva,  
y tal su afición cautiva,  
que es la flor de su deleite.

Flor, hermosa de manera,  
que aunque vegeta entre mil,  
casi á jurar me atreviera  
que es la mejor del pensil  
la flor de la *Jardinera*.

Es rosa tan deseada,  
de tan bello rosicler,  
tan en extremo agraciada,  
que todos la sueñan ver,  
siendo de todos velada.

Que es esta flor peregrina  
de la belleza el crisol,  
su esencia á pensarle inclina,  
pues por la luz se adivina  
que es tan magnífico el sol.

Recatándose á los ojos,  
da al alma tantos enojos  
cuanta espina la rodea,  
pues siempre nace entre abrojos  
la flor que más se desea.

Ya hubiera la oculta flor  
ella mil veces cogido,  
si tan dulcísimo error  
no lo nublara el dolor  
después de haberla perdido.

Cogerla para recreo  
fuera justo por demás,  
y en su amante devaneo  
se aviva más su deseo,  
cuando la contempla más.

Tiene tan bellos colores,  
que nadie habrá que se queje  
si goza de sus primores...  
¡Triste del dueño que deje  
guardar á una niña flores!

Sueña á veces que amorosa  
á alguno la rosa dió;  
mas soñando cariñosa,  
tantas regaló la rosa,  
cuantas veces se durmió.

Y sueña que á algún villano  
la da cual prenda de amor,  
por ser gentil hortelano,  
y porque siendo verano,  
puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves  
pierde al dormir su delicia,  
despierta, y con más suaves,  
ve que el aura la acaricia,  
y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,  
con ánimo más sereno,  
ve las abejas volar,  
que ansiosas quieren libar  
la miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,  
y tal descuella entre mil,  
que puede jurar cualquiera  
que es la mejor del pensil  
la flor de la *Jardinera*.

Mas ¡ay! que en su devaneo  
aguija tanto su idea,  
que es aquella flor preveo  
según cortarla desea,  
la espuela de su deseo.

Y tal vez á algún villano  
la dé cual prenda de amor,  
por ser gentil hortelano,  
y porque siendo verano,  
puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,  
la cortará; y es razón,  
pues pasó la primavera,  
no se pase de sazón  
la flor de la *Jardinera*.

Y á fe que es muy justa cosa,  
puesto que está sazonada,  
que la *Jardinera* hermosa  
coja el fruto de una rosa  
con tanto afán cultivada.

Y que se trueque el rumor  
de los céfiros suaves  
en son más arrullador,  
y los coros de las aves  
en dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera  
de aquel ameno pensil,  
como ella, la *Jardinera*,  
del huerto una flor no diera,  
teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;  
si el dueño de ella se queja  
vanos serán sus clamores,  
porque es muy necio quien deja  
guardar á las niñas flores.

## A BLANCA

ROMANCE



N poco tienes mi dicha,  
sabiendo que tu tardanza  
llena mi pecho de angustias,  
y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,  
ó al menos de hacerlo tratas,  
que son los instantes siglos  
para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan  
á tu voluntad ingrata  
que des placer á tus gustos,  
tal vez sirviendo á otra dama,  
mientras te aguardo aterida,  
junto á una reja sentada,  
trocando el calor del lecho  
por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era así cuando amante  
en la alta noche cantabas,  
con tierno afán ponderando  
mi ingratitud y tus ansias.

¿Adónde está la firmeza  
de aquellas dulces palabras,  
para tu bien acogidas,  
y para mi mal quebradas?

Sin duda por lo ligeras  
se las llevaron las auras,  
si no fué que en mis paredes  
se quebrantaron por blandas.  
Acuérdate de las veces  
que me juraste con ansia,  
mirando á la virgen luna,  
tu fe, por su lumbré clara.

¡Jurábasme por la luna!  
Por buen seguro jurabas,  
porque es la fe de los hombres  
como la luna, voltaria.»

Así se queja una niña  
que con su amante soñaba,  
quedando en brazos del sueño,  
ya de esperarle cansada.

Las blancas sienes tenía  
sobre la reja apoyadas,  
con hondo afán espiondo  
cualquier susurro del aura;  
y oyendo estaba envidiosa,  
cuanto otro tiempo envidiada,  
necios llorar los amantes  
la ingratitud de las damas.

Veía sombras informes  
que sin rumores se alzaban,  
y aquellas nieblas confusas  
que van mintiendo fantasmas;  
y ya mostrándose esquiva,  
ya figurándose blanda,  
vertiendo ahora sonrisas,  
después derramando lágrimas,  
la fe maldiciendo siempre  
de los amantes que tardan,  
entre amorosos suspiros,  
desdenes, lágrimas, ansias,  
ruidos, canciones, delirios,  
sombras, nieblas y fantasmas,  
en brazos quedó del sueño  
junto á la reja sentada.